

Editorial

En este número de Teoría y Praxis queremos insistir nuevamente en la inexorable necesidad de encargarse de la realidad. Entendemos este ‘encargarse’ en un sentido muy preciso: actuar en la realidad, o, lo que Ellacuría llamaba ‘carácter práxico de la inteligencia, que sólo cumple con lo que es cuando toma a su cargo un hacer real’. Es evidente que sólo podemos encargarnos de la realidad cuando nos hemos hecho cargo de ella, cuando estamos en la realidad de las cosas. Ello lleva aparejado el tener que cargar con ella, la inteligencia es la inexorable necesidad de tener que cargar con la realidad. Ese itinerario es el que con mucha lucidez describe este número de Teoría y Praxis que ve hoy la luz.

Luis Armando González plantea que la violencia se supera con justicia: no con una justicia ideal o perfecta, sino con una que parta de la vida real de la gente, de sus necesidades de trabajo, de salud, de educación y de vivienda. Y es que así como las distintas injusticias y la violencia que las acompañan desintegran la sociedad, la erosionan y socavan el nexo social, las distintas concreciones de la justicia permiten no sólo superar las distintas violencias, sino avanzar hacia sociedades más integradas, estables y solidarias.

Al encargarse de la realidad, la misma realidad se encarga de capacitarnos para pensarla con rectitud. Por ello, para responder al problema de la violencia y de la inseguridad, no se puede partir de la violencia, sino de aquello que de alguna manera es su causa principal: la injusticia y la desintegración social.

En este mismo tenor, Héctor Grenni nos recuerda que fue la realidad la que obligó a Monseñor Romero a tener que encargarse de ella. ‘La realidad que hizo de contexto a su breve trabajo en el arzobispado de San Salvador tuvo varios componentes: la conservadora estructura eclesial, el también conservador entorno social, un clero y laicado comprometidos con las exigencias de justicia, y un contexto general de país sumido en la pobreza y en el analfabetismo. Esta realidad lo interpeló fuertemente y lo obligó a hacer un discurso más cercano a ella’. Su discurso sólo puede entenderse a partir del dialogo entre el arzobispo y la realidad que lo interpeló.

David Romero, en un artículo aparentemente tan abstracto como puede parecer un diálogo entre Heidegger y Lévinas, comenta que la comprensión adecuada del ser viene dada, no por lo ontológico, sino por lo ético; y esto en tanto se coloca como activación del pensamiento, la experiencia del ‘otro’. Un ‘otro’ que, desde nuestra realidad, es concreto y sufre; el mismo que, desde la terminología de Luis González, carece de vivienda, de salud, de empleo,

vive en la inseguridad. Pues bien: es desde este 'otro' que podemos dar cuenta correctamente del ser. Podemos hacernos una cuestión filosófica del ser, pero su canon es la realidad.

Este modo de proceder no es arbitrario, sino que es la misma realidad la que, actualizada en la inteligencia, nos sugiere esta posibilidad de comprenderla. En este mismo sentido, Rubén Fúnez termina este itinerario diciendo que las posibilidades son eminentemente históricas: son las posibilidades que la razón inquiera en la realidad.

Febrero 2011